

COMENTARIO A “HISTORIA DE CAMPOS DEL RÍO” DE RICARDO MONTES BERNÁRDEZ Y OTROS

Jesús Navarro Egea

Que la obra de Ricardo en particular, alcanza ya una categoría poca común y merecedora de ocupar un lugar de reconocimiento notable, es una opinión colmada de objetividad.

Desde hace mucho, este ejemplar investigador, historiador y coordinador de textos viene abordando un quehacer de difusión de los valores históricos, antropológicos, geográficos y de otra naturaleza, que los que hemos tenido la suerte de leer y seguir sabemos de la labor ingente de su producción literaria.

Ahora dirige otro libro, *Historia de Campos del Río*, volumen III, en donde ha reunido un eficaz elenco de escritores de sobrada pericia, en la búsqueda y divulgación amable de hechos.

En sus colaboración específica se exponen huelgas, motines y movimientos sociales, en donde la llamada a filas llegó a ser uno de los detonantes de los mismos, por falta en el pueblo de médicos y recursos económicos que abogaran a favor de los futuros quintos. Las turbulencias políticas del bienio 1909-1910 se describen con minuciosidad, y en diversos apartados, el ferrocarril, fútbol y demás efemérides, como el teatro o cine, conforman temáticas que sin duda alguna satisfarán los interrogantes de los lectores.

Aborda también la vida y sucesos de José Manuel de la Peña, autor de un estudio de Campos del Río, del que después de esbozar una no muy extensa reseña biográfica se centra en un pintoresco y elaborado protocolo relativo a la aparcería, legajo que puede catalogarse entre otros adjetivos como costumbrista, al relatar y secuenciar los hitos del desenvolvimiento de la vida campesina.

Aparece como primer apartado la muy entendida participación de Luís Lisón Hernández, “La Iglesia parroquial de Campos. Desde el Catastro de la Ensenada a la Desamortización (1750-1850)”.

Después de ilustrar en volúmenes anteriores los inicios y transcurso del culto católico en el lugar, se centra en el período reseñado, en donde a partir de consideraciones de la antigua mezquita y narración de algún episodio muy curioso acerca de los miedos supersticiosos, el cronista de Alguazas y Ojós desgrana escrupulosamente de forma amena, una abultada cantidad de detalles referidos a elementos de obra, mobiliario o trabajos de orfebrería entre disímiles aportaciones, todo ello enmarcado a conciencia en el tiempo que le tocó desarrollarse.

La Desamortización es descrita contextualmente, de manera que la instrucción o recordatorio breve de la misma facilite la interpretación específica. Se asiste con interesantes fotografías del Libro de fábrica, Templo parroquial y de valiosos documentos que ennoblecen e ilustran el texto. Finaliza registrando otros aspectos que a juicio del autor deben tener su continuación llegado el momento, y que creemos que no debe demorarse, después de la lectura de esta muy versada parte.

El capítulo “Los moriscos expulsados de Campos del Río” de Vicente Montojo Montojo, tiene como virtud importante y previa el hecho de manejar fuentes meritorias del Archivo General de Simancas entre otras, enriqueciendo con acervos foráneos y raros la atractiva temática.

La aportación da cuenta de sucesos que acontecieron a estos últimos moriscos mudéjares, expulsados por el puerto de Cartagena, y a aquellos que lograron quedarse, enumerándose en dichos episodios un representativo conjunto de ejecutantes.

Se dilucida una valiosa y ardua referencia, según patrimonios y precios de tierras y frutos, mencionándose asimismo distintos parajes o pagos del ámbito territorial de Campos del Río. Son citados los compradores de los bienes de los moriscos y los que fueron expropiados, con evoca-

ción de entrañables nombres. En la comparación entre los morunos echados de Campos del Río y los del Valle de Ricote, se muestran llamativas reseñas. Un amplio anexo prueba el número existente de personas y de sus haciendas vendidas.

José Antonio Marín Mateos, de larga y provechosa trayectoria indagadora, nos instruye sacando a relucir una sugestiva historia: "El sangrador y las armas en Campos del Río. 1598-1602" y tras efectuar unos oportunos trazos generales de la población, apunta hacia una figura pintoresca, Ginés Mena, cirujano, barbero y sangrador, que habría de atender a las gentes, con al parecer, escaso beneficioso pecuniario.

Queda revelado igualmente un repertorio de armas, registrándose una vasta y chocante relación de personas y de defen-

sas que se les encontraron, como espadas, arcabuces o ballestas.

Perteneciente al grupo de colaboradores habituales de Ricardo, además de ser su mujer, Esmeralda Mengual Roca sabe de la necesidad de bucear con pericia en la urdimbre histórica. Dicha cualidad no le falta en su contribución a la obra en "El escritor Eduardo García Pérez", personaje relevante de Campos y cuya vida es repasada someramente, aunque abundante en pistas, revisándose su producción literaria, incidiendo y subrayando los prolijos y reconocidos premios recibidos por el autor.

El libro, como casi todas las obras de compilación, no puede dejar de evidenciar la lógica disparidad de estilo y presentación, pero ello no es obstáculo para mantener el eje central de la narrativa ni enturbia la luz que arroja, suelta y sugestiva, sobre la historia de la localidad.

LA NAVIDAD

Daniel Serrano Varéz

Entre las festividades religiosas que la Iglesia celebra a lo largo del año está la Navidad, que tiene un profundo significado religioso.

Vamos a referir cómo se conmemoraba en Alcantarilla hace años, ya que con el paso del tiempo, esas costumbres han desaparecido y sólo queda su recuerdo en personas mayores.

Como preludio, la Hermandad de las Ánimas era la organizadora de siete misas de gozo, que se decían los días previos a la Nochebuena. También era la encargada de la realización de baile de "inocentes" o de "puja" para recaudar fondos. Se celebraban los días 25, 26, 27 y 28 en las cercanías de la iglesia. Tenían lugar a continuación de la misa. Para amenizarlos había una rondalla y asistían numerosas madres, padres y jóvenes de ambos sexos. El encargado de su desarrollo recibía el nombre de "El Inocen-

te" y era un hombre de prestigio y respetado en sus decisiones, solía ir elegantemente vestido, como requería la ocasión, y con dos prendas características: una vara y un sombrero, con muchos lazos y adornos. Él determinaba un número de misas a la Virgen de la Aurora, que el joven que quería iniciar el baile (romper el baile) debía asumir su importe. A partir de ahí se iniciaban pujas para conseguir el primer baile y los posteriores, que al que le eran adjudicados realizaba con la joven que eligiera, que no podía negarse.

Era tradicional que la familia permaneciese reunida durante la Nochebuena. Después de cenar se colocaban en torno al hogar, que procuraban que proporcionase buen fuego, para lo cual solían tener un tronco de considerable dimensiones al que llamaban "nochebueno", y allí pasaban las horas hablando y cantando villancicos.